

Viernes 31 julio 840.

(2 reales.)



LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 22.

Situación de las mugeres en la Europa moderna.

QUE contraste tan chocante ofrece la Italia! Allí las sensaciones de todas clases son el único objeto de un sexo, que solo piensa incesantemente en dar y recibir el placer. El amor, los espectáculos, las artes, una existencia ociosa y disipada, tal es el empleo de la vida de este sexo. Nada prueba mas el tácito consentimiento de los maridos á la precóz galantería de sus mugeres, que aquel pueblo de chichisbeos, ó caballeros que están á sus órdenes. A la verdad estos chichisbeos no son los mejor tratados; pero en fin como siempre los tienen á su lado, representan cuando menos la imágen del amante,



sin el cual es ya de convenio que no pueden pasarse. Miradas por otros y considerándose á sí mismas como simples adornos de la sociedad, deben perder en ella consideracion: y como su finura la emplean mas bien en intrigas amorosas que en negocios, rara vez toman parte en ellos: en una palabra, su papel mas es encantador que importante. Es forzoso no obstante hacer justicia á algunas mugeres italianas, sobre todo á las florentinas, sienesas, y aun á las mismas romanas: son instruidas; aman las ciencias y literatura; sus inclinaciones se depuran al propio tiempo que sus gustos, y su compañía es muy agradable, sin que pierda su carácter nacional lo que tiene de atractivo.

Las españolas no desconocen la galantería aunque con modesta reserva y gravedad. Siendo mas reflexivas que las italianas, el misterio que en otro tiempo empleaban para sus intrigas, el velo con que las cubrían, las aproximaba mas al estado natural de su sexo, que parece destinado á encantar con su modestia, y á fijar á un amante voluble por medio del recato. Por otra parte España fue la cuna de la antigua galantería. Los recuerdos contribuyen á mantener una especie de deferencia de un sexo al otro; y siendo (no se incomoden nuestras lectoras por la verdad que apuntamos) siendo la vanidad la base del carácter de la muger, el pais donde mas deferencia hay hácia ella, es en el que se cuenta el sexo por mas dichoso. Hasta los celos proverbiales de los españoles fueron una especie de ocupacion inspirada por las mugeres, la cual les dió grande importancia á sus propios ojos.

En todos los paises, si el sexo teme la persecucion teme igualmente el olvido; y acaso, acaso preferiria un poquito de tormento á la humillacion de que no se haga caso de él. El amor y por consecuencia la condicion de las mugeres, tuvieron en España tres épocas distintas. El amor participó del espíritu caballeresco que precedió y siguió algun tiempo á la guerra contra los moros y los fundamentos de la monarquía española: entonces el honor, amor y religion, parece se disputaban las bellas acciones, y competian entre sí para producir las é inspirarlas. Los españoles mas delicados y desinteresados que pueblo alguno, miraban el valor como el único mérito, y el suceso para con las mugeres como único obgeto ó recompensa de valor. En aquella época se vió á dos amantes espirar de alegría al verse despues de tres años de ausencia; otros dos precipitarse de lo alto de una peña por no sobrevivir el uno al otro. De rasgos como estos se halla atestada la historia de España. El reposo de la paz destruyó aquellas virtudes guerreras y brillantes ilusiones. El comercio y las riquezas de las Indias corrompieron la sencillez de aquellos héroes.

Las conquistas que la España hizo en América depravaron las costumbres, y las que hizo en el continente alteraron los usos, debilitando el carácter nacional. A estas pasiones sucedió una multitud de intrigas y ardidés, donde campeaba mas la destreza italiana que el honor y amor castellano. Tal es la época descrita por Lope de Vega, Calderon y Cervantes. Allí se vieron las serenatas, raptos, tapadas, dueñas, celosos, y otras mil cosas de que actualmente solo queda la memoria.

LA FAMILIA ERRANTE.

Leyenda suiza.

I.

¡Ay del huérfano! ¡Ay del que no oyó pronunciar las palabras de: ¡hijo mío! ¡Ay de aquel en cuyas tiernas megillas no sonaron los afectuosos besos del delirio maternal!

II.

Juanito y Baby eran estos huérfanos. La muerte agitó las alas sobre su cuna, y sacudió de su alrededor á sus padres, como si fueran una ligera paja. La soledad envuelta en su oscuro manto, y muda como el mármol se sentó á su cabecera.

III.

La piedad los recogió; y la piedad se cansó. ¡Ay del huérfano! ¡Ay del que en vez de oír: hijo mío; escucha decir: toma esa limosna, pobre huérfano! Juanito y Baby eran estos huérfanos.

IV.

Un sencillo pastor del Mont-Cenis los vió padecer. No lloró porque no sabía; pero cogió una marmota, la domesticó, le enseñó habilidades, y al cabo de algun tiempo llamó á los huérfanos y les dijo. Ahí teneis.

V.

Juanito y Baby se regocijaron, y el pastor añadió. Tomad esa marmota. Marchad á Italia; haced bailar la marmota y Dios os protegerá.—¿Y dónde es Italia? preguntaron los inocentes.—No sé el camino; pero preguntad, Dios os guiará.

VI.

Juanito y Baby marcharon á Anecy. En los pueblos preguntaban, y hallaban compasion, limosnas y noticias para seguir su camino. Parece que el destino se cansaba de perseguirles.

VII.

La marmota bailaba á la señal de Juanito, y paraba, y se metia en su cajon al oír una palmada que con sus manecitas daba la tierna Baby. ¡Pobres huérfanos!

VIII.

Una tarde arreció el viento, y una densa lluvia rasgó las nubes, cuando Juanito y Baby se hallaban dos leguas distantes de poblado. Los niños miraron en deredor de sí.... Ni una choza, ni una cueva.

IX.

Trémulos y tiritando de frio y de miedo se sentaron al débil abrigo de una peña, Juanito metida una mano en la abertura de la solapa de su chaqueta, y Baby las dos debajo del delantalito.

X.

La noche se acercaba: los caminos estaban inundados: los lobos ahullaban cerca. ¡Ay del huérfano! Juanito y Baby empezaban á quedarse amortiguados.

XI.

Suena á lo lejos un ruido sordo: acércase y ven un soberbio coche de camino tirado por dos caballos. Señores, señores, que nos morimos, socorro.... Un caballero y una señora ocupaban lo interior del coche....

Una mano blanca salió por la portezuela, y arrojó á los pies de los niños una fria moneda de oro.

XII.

Cerró la noche, y algunos débiles gemidos se dejaron oír por muchas horas y luego cesaron. Algun pastor de los que pasaron casualmente por las inmediaciones, creyó ser gemidos de las almas de los viajeros asesinados allí por los ladrones. Se santiguó, rezó un Padre-nuestro, y se alejó lleno de miedo.

XIII.

Al día siguiente el coche de camino volvía rápidamente á recorrer los mismos sitios. El caballero y la señora pálidos y convulsos sacaban la cabeza por la portezuela. Descubren el sitio donde les pidieron limosna los niños. Pára; gritan al cochero: y se precipitan.

XIV.

La caja de la marmota estaba abierta. Un zapatito, un sombrero de fieltro, un pedazo de delantal, una moneda de oro, dos ó tres huesos, y el terreno empapado en lodo y sangre.

XV.

El caballero y la señora vuelven al coche sin hablar palabra. Aquel despide al cochero. Coje las riendas, azota los caballos, los dirige hácia un derrumbadero, y en el fondo de un barranco se encontraron dos cadáveres de hombre y de muger hechos pedazos.

XVI.

Juanito y Baby eran hijos de aquellos señores. El padre supuesto no pudo declarar por lo arrebatado de su muerte, que le habian sido entregados por un desconocido, con la prevencion de que algun día serian reclamados. La precipitacion con que los padres buscaban á sus hijos los hicieron crueles con ellos, sin saber que abandonaban al frio y á la muerte á los mismos á quienes buscaban.

XVII.

El cochero contaba despues llorando la catástrofe de aquellos niños errantes, y repetia sin cesar: ¡Pobres huérfanos!

DEL VESTIDO.

Las mugeres en quienes el adorno y el traje forman una de las circunstancias esenciales de su vida, rara vez habrán parado la consideracion en los trámites por donde han llegado á hacerse tan indispensables, y la razon porque los tres reinos de la naturaleza se han puesto en contribucion para servirlos. Son noticias curiosas las del principio del vestido, en especial de la túnica, pieza principal, que en el trascurso de los siglos ha sufrido tantas alteraciones y divisiones, y que no obstante aun hoy día representa un papel muy importante en nuestra moderna sociedad.

El hombre, si se mira con referencia á su organizacion física, es uno de los seres más imperfectos, y seria el mas infeliz, sino fuera al propio tiempo el mas industrioso. La navegacion le ha abierto los mares: el globo aerostático tal vez le abrirá los cielos. Estas conquistas son

grandes para un animal bípedo, sin alas, y sin aletas. También lo es la que obtiene por la equitación, la cual le apropia toda la fuerza y velocidad del cuadrúpedo que domó; pero no son estas las maravillas de que nos ocupamos.

Nacido sin plumas ni escamas, carece también de pelo como otros animales. Cubierto de una simple epidermis, no tardó en reconocer la necesidad de procurarse por medio de la industria contra las injurias del tiempo y rigor de la intemperie, los medios de defensa que la naturaleza le había rehusado. De allí data la invención del vestido. Este ha recibido varias modificaciones en diversos pueblos, y en los mismos en diferentes épocas. Su conjunto así modificado se llama trage.

Sin embargo la invención del trage no fue principalmente debida á la necesidad de defenderse del frío y del calor, sino al pudor y vergüenza. Inmediatamente después del pecado de nuestros primeros padres advirtieron su desnudez, y de hojas de higuera se hicieron una especie de fajas. Este vestido provisional no tardó en ser reemplazado por otro, á saber una túnica de piel que formó el mismo Dios para cubrir la desnudez de Adán y Eva. Los primeros vestidos del hombre fueron pues la faja ó cinturón y la túnica. Hablaremos pues de esta última, pues la primera no es mas que un accesorio.

La túnica fue común á ambos sexos en todos los pueblos de la antigüedad. Es una especie de saco mucho mas ancho que el cuerpo que debe envolver. El fondo de este saco se halla abierto en el centro para dar paso á la cabeza; y en los lados para dar salida á los brazos. La longitud de la túnica era determinada por el carácter del trage al cual se adaptaba; en trage de ciudad llegaba hasta los pies; en el de guerrero no pasaba de las rodillas. El pueblo llevaba siempre túnica corta; las mugeres siempre larga, como también los sacerdotes y magistrados. Los ropajes largos han sido siempre y en todas partes los de la decencia y dignidad.

La túnica es el tipo de otros muchos vestidos. La camisa no es mas que una túnica, que en las mugeres conserva su forma primitiva; pero los hombres la han modificado para su uso, á fin de que no les incomodase bajo las diversas piezas que la cubren. (Se concluirá.)

EL ANGEL Y EL NIÑO.

(Traducción del francés.)

Víctima de una agonía
Que devora lentamente
Niño débil y doliente
En su cuna se mecía;
Apenas la luz del día
Alumbraba su inocencia,
Y su misera existencia
Ansiaba la tumba fría.

Con sus alas eternas
El ángel que le cuidaba
Su sueño feliz guardaba,

Corta tregua de sus males;
Con acentos celestiales
Suelta luego su voz pura
De consuelo y de ternura
Y suenan palabras tales.

«Delicada y bella flor,
Que en el valle apenas crece,
Mortal aflicción te mece
En los brazos del dolor:
Nacido ayer, en tu albor
Feneces como la rosa:

Deja esta vida azarosa
Y ven á un mundo mejor.

Cuando veloz meteóro
Luminoso apareciste
En aqueste valle triste
De miseria y de desdoro,
La larga senda del lloro
No alcanzaron á medir
Tus ojuelos de zafir
Y de célico decoro.

Mas en este bajo suelo
Donde todo se destruye,
En tu suerte un genio influye

Que te cuida con desvelo;

Largos dias de consuelo

En el eternal reposo

Dios te ofrece bondadoso,

Por tí se abre el alto cielo.”

Dijo: y luego desplegando

Sus alas desaparece,

El dia tras él fenece.....

El sueño se va acabando,

Y el infante despertando,

En lugar del ángel, mira

A su madre que suspira,

Y le besa sollozando.—J. B. M.

A CELINA.

(Traduccion del frances.)

Que en su curso vagabundo
El tiempo mi edad marchite,
O que el globo de este mundo
Entre vueltas mil me agite;
Que una suerte lastimera
Pese dura sobre mí:

Mi vida es dulce y ligera
Cuando mi alma piensa en tí.

Con tu cándida inocencia

El amor me embalsamó,

Y en mi plácida existencia

Tu sabor grato esparció;

Complacerte es la primera

Ley y dicha para mí:

Mi vida es dulce y ligera

Cuando mi alma piensa en tí.

Con luz hermosa, inmortal

Brillas en la tierra impura,

Mas que un ángel ideal,

Sobrehumana criatura;

Amarte es la fé sincera

Que á tu imagen prometí:

Mi vida es dulce y ligera

Cuando mi alma piensa en tí.

Si tus ojos ¡ó querida!

Baña lágrima de amor,

Es cual perla humedecida

En el seno de una flor;

A tu pecho el mio uniera

Y su conmocion sentí:

Mi vida es dulce y ligera

Cuando mi alma piensa en tí.

Cuando un dia de amargura

Tus encantos robará,

Cuando tu alma bella y pura

Al cielo se elevará,

En la tumba que me espera

Tú dormiras cabe á mí:

La muerte es dulce y ligera

Cuando mi alma piensa en tí.

J. B. M.

DOCE AÑOS HA.

Conclusion.

Y bien, continué, seré muger de un proscripto. Emigraremos, y nos iremos á vivir á Suiza ó Italia.—No entraba sin duda en los cálculos de Enrique esta resignacion mia, y asi quedó algo confuso y vacilante; hasta que estrechándole á que se decidiese, pareció reflexionar profundamente y por fin tomar su partido. En hora buena, me dijo; graves

son los peligros que me cercan; pero mayor es mi pasión. Estad prevenida para las once de esta noche. Yo traeré un sacerdote de confianza y nos casará. Dentro de tres días marcharemos á Ginebra, y de allí á Suiza, donde seremos felices.

¿Qué mas diré? Todo se hizo segun habia prometido. A los tres días, durante los cuales siempre estuvo fuera de casa bajo pretexto de preparativos de viage, salimos de París, él bajo nombre supuesto, y disfrazado de eclesiástico. Llegamos á Ginebra y dedicamos algunos días al descanso del penoso viage. Me estremezco al pensarlo. ¿Es posible quepa en los hombres tal maldad?

Una mañana que Enrique habia salido á varias diligencias, llamaron á la puerta de nuestra habitacion, y no quedé poco sorprendida al ver entrar un militar, cuyas facciones me chocaron por su muger á quien no conozco; pero si V. fuese lo que asegura, respetaria á la esposa de su hijo. Como este me habia dicho era huérfano, supuse si el desconocido seria tio ó pariente suyo. Señorita, siento mucho incomodar á V.; pero creo habita esta casa un jóven llamado Enrique N.—Si señor.—Pues es mi hijo, y vengo á llevármelo.—¿Su padre!... Pues si no le tiene...—Ha engañado á V., si eso ha dicho, asi como la ha engañado tambien en llamarse su esposo, porque tampoco lo es.

Un rayo fueron aquellas palabras para mí. ¡Cómo! exclamé, caballero; ignoro los motivos que tenga V. para maltratar á una muger á quien no conoce; pero si V. fuese lo que asegura, respetaria á la esposa de su hijo.—No estoy para discusiones; bástele á V. saber que su matrimonio fue una farsa, una calaverada de mi hijo, la cual pensaba no perdonarle como otras muchas; pero me escribió que su querida era hija de un napoleonista, y esto bastó para que se lo disimulase. El capitán Edmundo N. solo en este particular se muestra indulgente.—¿Qué horror! ¿Es V. acaso el capitán Edmundo N?—El mismo.—¿Y Enrique su hijo?—Cabal.—¿Cielos! ¡el asesino de mi padre!—¿Con que V. es la hija del coronel B? ¿Qué rara casualidad!

En esto llega Enrique.—Habla, habla, le grité, y confunde á este detractor que viene á insultar á tu esposa. Enrique quedó ó manifestó quedar sorprendido al ver al desconocido, que en efecto era su padre. Ignoro si fue casual ó preparada aquella farsa cruel; pero el desenlace puso el colmo al horror de mi situacion.—Perdonad, señorita, dijo el infame. El amor que os tenia me obligó á engañaros; pero es una falta que se puede reparar. Si mi padre consiente, vamos á la iglesia.—No consiento, dijo el bárbaro capitán, que mi hijo se degrade con semejante union. Agradezca V., señora, que no la persiga por seductora de mi hijo; conténtese con saber que ha sido mucho su honor en que éste se haya dignado de tenerla por querida. Dichas estas palabras salió junto con Enrique y aquel mismo dia partieron ambos en posta para París.

Doce años hace que sucedió este terrible lance. Doce años, y mi hija Emilia ya existia. Entre las angustias de un alumbramiento prematuro, salió al mundo marcada con el sello de la ignominia y reprobacion de la sociedad. Poco me queda que decir. Un viagero frances, Mr. Laval, emigrado desde 1814 me vió por casualidad. Le interesé no obstante mis padecimientos. Adquirió mi confianza y le referí mi lamentable historia. Pensó un momento, y á los tres días éramos ya esposos ante Dios, y Emilia tenia un padre.

Los verdugos de mi familia fueron á París á esparcir imposturas, y

yo pasé en concepto general por una muger sin pudor. Mi esposo tuvo noticia de ello; marchamos á París, y de allí á poco tiempo el capitán Edmundo y su hijo fueron sucesivamente muertos en un desafío por un desconocido. Así quedaron castigados sus crímenes. Pero yo no mejoré de condición. La maledicencia se cebó en mi honor, y propaló que no contenta con haber seducido y corrompido al hijo del capitán Edmundo, los habia hecho asesinar á ambos, por matadores pagados. Fácil me fuera confundir la detraction. Pero aunque el duelo fue segun todas las reglas del honor, peligraba la vida de mi esposo, y sobre todo se comprometia la reputacion de mi hija; yendo la historia de boca en boca, y de tribunal en tribunal. Preferí pues callar, y quedé reputada infame é indigna del trato de gentes. Todos huyeron de mí. Mi esposo me apreciaba bastante para sobreponerse á los ladridos de la calumnia; pero yo tenia la espina clavada en el corazon. La revolucion de julio me arrebató tambien este único apoyo. Murió peleando en las calles de París por el pueblo; y yo quedé en la soledad.”

No decia mas el manuscrito. Emilia lo estudió; y no obstante la involuntaria mancha de su nacimiento halló un jóven á quien su hermosura y virtudes interesaron y que la hizo feliz. El tiempo sin remover mucho aquella cuestion delicada, restableció la buena memoria de Mad. Laval; y puso de manifesto la maldad del capitán Edmundo y de su perverso hijo.

MODAS DE VALENCIA.

La estacion, aunque no tan calurosa como era de presumir, no permite sin embargo abandonar las muselinas y telas ligeras que forman la base del traje estival. Son de varios colores, y su corte sencillo y acomodado al tiempo.

Siguen los mantones negros de punto de ilusion, forrados de tafetan de color verdemar, guarnecidos de encage de medio palmo de ancho. Sombrero blanco de moaré con un ramo de flores azul celeste, que cae sobre el hombro izquierdo.

NOTA.

Con este número recibirán las Sras. suscriptoras el figurin de París del 10 del actual, que es el mas moderno que se ha recibido. Para mediados de agosto se recibirá el correspondiente á julio, y para fines del mismo el que le corresponde; y se han tomado medidas eficaces á fin de que en lo sucesivo se haga con regularidad y exactitud.

Por lo dicho se persuadirán las Sras. suscriptoras del deseo que anima á esta redaccion de complacerlas, pues aunque era fácil grabar aquí los figurines, trascurririan muchos dias hasta que se hallasen en estado de distribuir, y sabido es que los figurines son cosa del momento. Recibiéndolos de París, se distribuyen al punto y nada pierden de su novedad.

VALENCIA.

IMPRENTA DE MANUEL LOPEZ.

1840.